

Texto inútil

Ayelén Peralta



Image not found.

Capítulo 1

TEXTO INÚTIL

Quiero decirles que a menudo me siento herida, aterrada y mortal, como un pájaro sin vuelo; animal perdido, que hiberna impotente en el cautiverio de los ojos de la gente. No emito sonidos propios ni mi verdadero pensamiento, tampoco reconozco mi hábitat.

Se refleja sensorialmente la tierra agrietada, su sequía yace en numerosas sonrisas, y yo temo vivir aquí el resto de mis días. Aquí, donde dejé de amarte.

Me siento agotada de adjetivos. Quieren engañarme.

En ocasiones soy un espécimen más de nuestro ambiente, que sólo quiere el bien del prójimo, y se espanta al verlo, ¡y lo pateo hasta que sangra!, para cuidarlo de ideas raras al acecho...

Es que brotaron de la tierra palabras como malezas. Poderosas palabras. Condenantes. Numéricas. Rayadas.

Denoto una terrible confusión general y me descubro sorpresiva ante tanta ingenuidad conmovedora.

Ocurre a veces sentirme al final del día mojada extranjera, marcada, capaz de matar, y estéril. Paradójicamente, más comprometida que.

Lamento, nada creerles. Y es desgastante que todo sea aparente. Síntomas de miedo me dicen que vivo en un durazno con pelusa.

Tengo suertuda conciencia de no pertenecer al evangelio del cerco pueril, por más que revolotee sin éxitos dentro del cerco; observando el andar enfilado y marchante de las bestias pensantes, agrupadas en manadas.

Se habla sobre una guerra por ganar para terminar con la intolerancia...

Gato por liebre... el Otro tiene aspecto de desalmado... Bla bla bla bla, nada de sentido común... Y las paredes... ¡Oh!, ¡cuán sensatas pueden ser las paredes!... Esas mismas que reciben tantos cráneos obcecados, entre burbujas, quintitas, sayos del revés, brutales inocentes, y el caviar donde siempre, remoto hace siglos en su sitio; igual que las raíces más comestibles...

El mareo. Voy por inercia contra una absurda corriente. Me niego. Mis

manos no quieren fuego.

¡A veces ocurren milagros entre toda esta podredumbre! Soberbias que se aman a pesar de sí mismas. Bendito aquello.

Pero hay una especie de germen ungido: nos llenó de odio; eso es lo que desvela.

Dudo fervientemente de que una producción de pensamientos en serie tenga su origen en la elaboración propia. La demagogia quiere hacerme entrar en razones y su infantilismo caprichoso, no cede en su berrinche.

La sartén por el mango, muchas bromas y nada de matices.

Ya ni es el contenido, son las formas.

GRAVEDAD (de grave).

Es que estas cosas deben ocurrir mientras uno anda distraído, sin darse cuenta, cuando ya se ha trastocado el sentido. Porque aquí, los niños son culpables.

Celebro cada día no haber sido adoctrinada, mientras los dueños de la verdad rinden culto a la democracia, desprecian el totalitarismo y a todos los equivocados. Además de perdonarlos. Oigo decir que perdonan hasta a sus padres. ¡A veces río hasta llorar!

De repente sí y de repente no estoy siendo poesía, erupción ni gutural...

Puede ser el miedo a intuir que jamás volveremos a hallarnos. Puede ser la desesperación, el ahogo de que no me alcance el lenguaje para expresar, ni para compartir. Compartir.

Puede ser la tristeza de que lo nuestro esté tomado a la chacota, de no saber cuándo nos convertimos en estos, de que este vínculo enfermizo sea lo único imperdonable.

¿Cuándo te volviste un extraño?

Quinceañeros:

Les manifiesto esto porque a mi parecer, pareciera que es necesario decirlo, que algo anda mal; o hay mucha distracción a mi alrededor, como una tontera masiva, o la tontería en masas. El patetismo nos invade.

No se puede ser más ridículo. Ni más violento. ¡No lo puedo creer!

Sí, lo esencial es invisible a los ojos.

Será el río revuelto, ruido reaccionario, épocas rebeldes...

Soy una de las primeras bolillas del siglo, un tiro de gracia de mis tiempos y, ahora mismo, este texto inútil, mal interpretado por ustedes.